

trataba la serenidad mas apacible, porque como hábil y sagaz observador, habia visto y habia aprendido mucho en el paseo de aquel dia, y no confiaba ya tan solamente en su Dios, sino tambien en su pueblo.

Por la noche estuvo en el teatro, y fué acogido á su entrada con estrepitosas salvas de aplausos. La iluminacion era suntuosísima; los hombres iban de corbatin blanco, sin llevar ni una sola cinta tricolor en los ojales: las señoras agitaban tambien pañuelos blancos en sus palcos; y la emocion era tan general, que hubo de tocar profundamente al corazon del monarca. En aquel mismo momento se iluminaba la ciudad, y resonaba por las calles el famoso canto de los pilluelos de París: “*¡Luminarias! ¡luminarias!* (1).” Los discípulos parodiaban á los maestros.

Las casas mal iluminadas eran objeto de rechifla, y á las que no lo estaban de ninguna manera no les quedaba cristal sano. A esto se daba el nombre de *fiesta y libertad*. Los que, de buen ó mal grado, ponian en las ventanas y balcones morteretes, hachas ó teas, eran acogidos con frenéticos aplausos; y cuando el viento de Enero apagaba de vez en cuando las luces, se silbaba en medio de ruidosas carcajadas al cierzo y al invierno, considerando como reaccionarios á la estacion y á los elementos.

Mas no debian parar aquí las cosas. Ya comenzaban á oirse siniestras canciones..... preludios; ay! de la famosa *Marsellesa* que habia de ahullarse despues, y que apostándoselas á la de Paris, sustituyó el verso

“*¡ Que la sangre malvada inunde nuestros campos!*”

con este otro, mucho mas esplicito:

“*¡ Y con sangre de reyes nuestro suelo inundemos!* (1)”

CAPITULO III.

CONSTITUCION NAPOLITANA.—EL MINISTRO BOZZELLI.—EL CARRO DE MAMMONE.—ORGANIZACION DE LOS CLUBS.—ESPULSION DE LOS JESUITAS.

La constitucion napolitana prometida el 29 de Enero debia ser promulgada el 10 de Febrero; sus bases eran las siguientes:

1º “ Poder legislativo ejercido por el rey y dos cámaras, una de di-

(1) *¡ Des lampions! ¡ des lampions!*

(2) *Marsellesa italiana* impresa en Nápoles el 4 de Marzo de 1843. El autor de este libro conserva un ejemplar.

“ putados elegidos por el pueblo segun un censo electoral, la otra de pares nombrados á piacer por el monarca:

2º “ Como única religion del Estado, la católica:

3º “ La monarquía inviolable, hereditaria, irresponsable y sagrada:

4º “ Responsabilidad ministerial:

5º “ Organizacion de la milicia nacional:

6º “ El mando del ejército y la escuadra confiado al rey:

7º “ Libertad de imprenta con ciertas restricciones para defensa de la religion, de la moral y del réposo público, para la represion de los ultrajes hechos al rey, á la familia real, y á los soberanos extranjeros, y para garantía del honor y de los intereses de los ciudadanos.”

No bastaban, sin embargo, las bases; necesitábase ademas redactar la constitucion por artículos, para lo cual se buscó otro *Sieyes* capaz de redactar á estilo de Paris una, dos, cuatro, ocho ó doce constituciones diferentes, á medida de las circunstancias, y susceptibles de ser reformadas cada año; cosa que exijia estudio y tiempo. La Francia, que despues de doce Cartas suspira por una nueva ley fundamental, no está constituida aún definitivamente, y tiene que revisar, refundir, rehacer... comenzar de nuevo.

Ahora bien: para dar cima á tan grande obra fué escojido entre los sectarios de la *Jóven Italia* un tal *Ciccio Paolo Bozzelli*, secretario del carbonario Pepé, y que en 1820 habia tenido el insigne honor de ser proscripto como perturbador de la tranquilidad pública en los desórdenes de aquella época, uniendo á este título el de haber publicado obras oscuras bajo todos conceptos, con las cuales habia alcanzado la gloria de verse inscrito en el índice como escritor sedicioso, impío é inmoral. Componia ademas églogas melosas y tiernas pastorelas. Sus epítetos picarescos á *Clori*, y sus madrigales mitológicos á *Anacreonte*, mezclados artísticamente con sus elucubraciones acerca de la *demagogia política* y la *poesía de los hebreos* (1), hacian que se creyese él mismo uno de los sublimes ingenios de su siglo. Leyendo con admiracion su *Extatica* dramática (2), se pavoneaba con su fama venidera, como mas tarde, en medio de las bocanadas de humo que le echaban á la cara sus amigos los exaltados, se cansaba prematuramente de las pompas de su autoridad legislativa, profiriendo estas palabras históricas: “*Estoy cansado de mi soberanía.*”

El Sr. Bozzelli, que tenia los ojos tan atravesados como la imaginacion, é iba á dar al Estado un trabajo tan inmortal como su nombre, tan pronto decia *sí* como *no* sobre una misma cosa: mérito sobresaliente que le

(1) Obras del señor Bozzelli.

(2) Libro del mismo escritor sobre el arte dramático.

valió la eleccion de los *Fratelli*, quienes contaban llevarle al pylon, dictándole sus palabras y prescribiéndole sus actos. Fueron, pues, á buscarle al entresuelo de una modesta casa, donde vivia retirado desde su salida de la cárcel, temblando siempre no le volviesen á ella. Al ruido de la diputacion que llamaba á su puerta, se estremeció y se creyó hombre perdido; mas ¡oh sorpresa! iban á darle la nueva de haber sido nombrado primer ministro para burilar la *constitucion perpetua* de las Dos Sicilias (1). Bozzelli retrocedió estupefacto, y le vino á las mientes en seguida que habia palmaria analogía entre él y el emperador Claudio, el cual creyó que iban á asesinarle los que le llevaban la púrpura imperial, despues de muerto Caligula.

Cediendo á los deseos de sus hermanos y amigos, cogió la pluma. ¿Pero á qué clase de constitucion habia de *aferrarse*, por valirme de la frase usual? ¿A la carta inglesa, ó á la constitucion española? ¿No valdria mas la de Francia? ¿Seria preferible la de Grecia? ¿No podria tambien, caso necesario, rebuscarse algo en las del Brasil, Portugal, Suecia y la América, mientras no se promulgaba alguna otra en Constantinopla, Bagdad, y hasta en la misma bahía de Hudson?

Trajéronse á la memoria, como era natural, las constituciones de los reyes *José* y *Murat*, sin olvidar la de los carbonarios napolitanos en 1820, y se meditó profundamente sobre la mas absurda de todas, la dada por los ingleses á Sicilia en 1812. Al fin y al cabo se decidió el señor Bozzelli por no inventar nada nuevo en este género, y copiar testualmente la mas democrática de las once constituciones de Paris, la del rey Luis Felipe; para lo cual no necesitaba su talento hacer ningun esfuerzo. ¡Ah! ¡quién le hubiera dado prever que su Carta-modelo de Julio, con la cual iba á construir un monumento *indestructible* en Nápoles, no habia de vivir ya en Francia mas que tres semanas!

Habíase prometido en 29 de Enero promulgar la ley fundamental el 10 de Febrero; mas se difirió hasta el 11, en cuya mañana apareció ya fijada por las esquinas. La muchedumbre corrió en seguida á la plaza de palacio, y habiendo salido el rey al balcon, fué aclamado y festejado como de costumbre, valiéndose de los mismos medios ya referidos.

Por la noche recorrian la ciudad, cual otras Euménides, fantásticas turbas cubiertas de estopa inflamada; ¡delirante espresion de una gratitud tan fugaz como la estopa misma! Así se pasaron tres dias con tres noches.

En la última, por fin de fiesta, desfiló á oscuras por entre la guardia cívica una comparsa de cantarinas con palmas y luces en la cabeza, ro-

(1) Bozzelli sucedia al ministro Cianculli.

badas á las decoraciones de algun teatrillo de viejos melodramas, y en esta forma llegó hasta los umbrales de palacio gritando: ¡*Viva Pio IX!* Allí callaron todos, y en medio de aquel silencio solemne salió de pronto un coro de *serafines* (si no lo eran, lo decia el prospecto) cantando un himno que comenzaba así:

“ A tu voz sacrosanta, sonora,
¡Libertad! nuestra mente se *inflama*,
Arde el pecho en *vivísima llama*,
Que de Italia la *aurora brilló*.”

Era la media *noche*, estaban en el rigor del *invierno* y habia *niebla* (1). El 24 de Febrero siguiente hubo nueva solemnidad.

El rey pasó á la iglesia de San Francisco de Paula para jurar la constitucion: la cosa era ya formal. Decidido Fernando II á hacer todos los sacrificios posibles por asegurar la paz y la felicidad de su reino, habló con voz firme y sonora, y fué cubierto de aplausos. ¿Y qué muestra de reconocimiento hubo en la ciudad? Pasear el carro de *Mammone*.

Una procesion de doscientas personas, en parte estudiantes, llevando cirios encintados y faroles tricolores, y formada en dos filas, partió en la noche del 25 de la plaza del *Mercatello* y atravesó la calle de Toledo, precedida de una compañía de guardias cívicas, seguida por una turba de curiosos, y escoltando al son de músicas militares el carro piramidal de *Mammone*, tirado por seis bueyes blancos de colosales cuernos (2).

Este carro figuraba un inmenso mausoleo, y en sus cuatro frentes iluminados estaban inscritos para recuerdo del pueblo los nombres de los insurrectos que habian perecido en 1799, defendiendo la causa republicana.

Ofrecíanse así á la admiracion de sus conciudadanos los bustos de estas *gloriosas víctimas*, no tanto para que llorasen su pérdida, cuanto para que pensasen en vengarla. La intencion dramática era bien manifiesta. El pueblo napolitano, sin embargo, al ver pasar este sombrío catafalco, permaneció mudo, y aun silbó, recordando los peores dias de la época: tan innoble farsa, por respuesta al grande acto de la víspera, produjo disgusto é indignacion.

Luego que llegó la procesion sepulcral á la plaza de palacio, comenzaron los facciosos á gritar: “¡*Viva la Sicilia!*” contando con una catástrofe inesperada, porque en mitad de la plaza habia un mortero, á cuya

(1) Storia degli ultimi fatti di Napoli, pág. 111 y siguientes.

(2) Mammone era el nombre del inventor y del obrero.

espanto a detonacion habia de seguir una asonada ; mas afortunadamente una patrulla vió la máquina infernal y se apoderó de ella, fracasando así la trama.

El coche con que se habia querido representar la tumba de la monarquía comenzó, por el contrario, á escavar la de la constitucion ; y los fuegos de Bengala encendidos aquella noche en el palacio *Cirella*, fueron preludios providenciales de los primeros tiros de fusil disparados desde las mismas paredes el 15 de Mayo, que acabaron á la par con la revolucion, los motines y la república.

No bien fué publicada la constitucion en Nápoles, ocurrieron conmociones generales en Europa : otorgáronse cartas en Turin, Florencia y Roma : proclamóse en Paris la república francesa : poco despues se levantaba en masa la Alemania : triunfaban completamente las sociedades secretas, y daba frutos al fin el árbol que éstas habian plantado.

Acabada la época de las *reformas*, iba de caída la de las constituciones y comenzaba la de las repúblicas.

Por instigaciones de los círculos (1) se solicitó incontinenti la *organizacion de la guardia nacional* prometida por el ministerio ; no se hizo esperar el consentimiento, y el pueblo se encontró armado.

Primer paso ; es preciso otro.

Pretenden la libertad de imprenta. “; *Con ella no puede gobernarse!*” decia el mismo Armand Marrast á Emilio Girardin (2) ; pero esto no obstante la otorgó Bozzelli.

Abusóse frenéticamente de esta libertad ; y aunque Bozzelli habia prometido una ley represiva, se guardó muy bien de darla, temeroso de perder su popularidad. Publicáronse, pues, impunemente los periódicos mas incendiarios, especialmente el *Nacional*, el *Tiempo*, el *Antiguo Mundo* y el *Nuevo Mundo*.

La batahola de la *regeneracion* ahogó la voz de los diarios realistas y aun de los constitucionales : vendíanse en las calles por un sueldo hojas volantes, folletos de algunas páginas, diatribas groserísimas y biografías llenas de ultrajes en que se atacaba á todo el mundo, porque nadie estaba exento de estos baldones del progreso. La tropa de línea era vilipendiada, los generales denunciados al odio público, y hasta los ministros maldecidos.

Era preciso echarlo todo por tierra para volverlo á construir de nuevo ;

(1) Grandes clubs políticos.

(2) Véase la “*Presse*” del 25 de Abril de 1850. El ciudadano Savoie, natural de Baden, elevado al poder por una insurreccion, prohibia bajo pena de muerte la lectura de los periódicos que eran hostiles.

es decir, quitar los empleos á quienes los tenían para entregarlos á los que no los tenían : por esto eran continuas las destituciones y los nuevos nombramientos ; que los *Fratelli* se despojaban mutuamente en esta limpia general en que todos arrancaban los girones de un poder hecho pedazos ; vencedores de sus adversarios, se despedazaban unos á otros á vista de su presa. Los redactores de periódicos presidentes de los clubs, enviaban á los ministros la lista de los sugetos que debian ser colocados en el lugar de otros cuya destitucion decretaban ; y los ministros no tenían reparo en entrar por todo.

Los principales cafés de la capital, el *Buono* y la *Cruz de Malta*, donde se reunian los demagogos de primera clase y sus discípulos de segundo orden, formaban el ejército de los *Circoli*. Luego que los corifeos de la revolucion tomaban una gran medida, daban cuenta de ella á sus farsantes de los cafés, y organizaban al momento para su buen éxito demostraciones cívicas. Con semejante orden de cosas nadie estaba seguro de su posicion, de su porvenir, de su reputacion ni de su existencia, porque muchas veces los *Fratelli*, en el cinismo de sus inspiraciones, y en sus borracheras patrióticas, jugaban con el destino de los ciudadanos.

Un dia se trató en el club *Vittoria* del nombramiento de un ministro.

—¿ A quién pondremos ? decia uno.

—A fulano.

—No.

—¿ A mengano ?

—¡ Soga !

—Pues bien : ¿ á quién dar la cartera ?

—Al primero que abra la puerta, dijo una señora notable por su belleza.

—¡ Bravo ! gritó alegremente la asamblea.

Abrióse la puerta, *Ferreti* entró ; y el tal *Ferreti* fué ministro (1).

Así transcurrieron dos meses y medio.

Habíase acordado una liga *aduanera* para que sirviese de fundamento á una *liga política* ; insinuábase al Austria que iba á sonar la hora de la independencia italiana, y Milán, Pavía y Venecia llamaban en su auxilio las espadas de los hijos de la *Jóven Italia*.

En materia de elecciones se dió una ley provisional (que lo *provisional* es siempre indispensable á los fundadores de cosas *perpetuas*), en la cual era tan corto é insignificante el censo, así para ser elector como para ser

(1) En el ministerio que precedió a de Troya.

diputado, que equivalía á establecer el *sufragio universal*. Establecióse con efecto, pero mas tarde.

Palermo obtenía en sus negociaciones con Nápoles todas las peticiones, menos un ejército siciliano, en cuyo punto fué inexorable el ministerio, y por ello hizo su dimision. De ahí resultaron ligeras modificaciones. *Cárlas Poerio* (encarcelado despues por la culpa que le resultó en el proceso de los *unitarios*) fué ministro de instruccion pública, y *Salicetti* (que despues fué uno de los triunviros de Roma) ministro de justicia.

Este *resuelto mazziniano*, previendo lo efimero de su autoridad, se resolvió, sin pérdida de momento, á dar el primer hachazo á la constitucion presente en pró de la república futura, y con tal intencion propuso á sus colegas la inmediata espulsion de los jesuitas, medida que habia de irritar al pueblo; sus colegas la rechazaron, y *Salicetti* informó en seguida á todo el mundo de cuanto habia pasado, lo cual dió origen á lamentables escenas.

En la tarde del 9 de Marzo se formaron grandes reuniones en las plazas públicas de *Jesus* y del *Marcatello*, entre las cuales se levantaban las espesas paredes del convento de aquella comunidad religiosa: allí á los gritos de *¡Abajo los jesuitas!* una diputacion intimó á los *padres* la orden de marcharse de su colegio. Estos respondieron que *aguardarian una disposicion oficial del gobierno sobre el particular*, é imprimieron en la misma noche una *protesta*, declarando que *deseaban ante todo ser juzgados, sin embargo de no haber cometido delito alguno, y en segundo lugar dar cuentas al Estado, antes de evacuar el convento, á fin de hacer ver su pobreza*.

El escrito no mereció respuesta alguna.

El 10 por la mañana, deseosos los jesuitas de quitar todo pretesto á los agitadores, firmaron la protesta siguiente:

“Mañana por la mañana á las diez, abandonaremos el convento, sin llevar nada con nosotros.”

En este mismo momento se fijaban pasquines en Nápoles, invitando á todos los ciudadanos que tuvieran hijos en el colegio, á que los retirasen sin demora, para sustraer su inocencia á los efectos de la justa cólera del pueblo.

El pasquin produjo sus resultados; porque los padres, sorprendidos y atónitos, las madres, temblorosas y deshechas en lágrimas, corrieron en seguida al claustro, unos á pié, otros á caballo; pero la muchedumbre que embarazaba las avenidas del establecimiento amenazado, los detenía.

¡Qué cuadro tan desolador! Los padres que lograban penetrar en el colegio no podían encontrar en él á sus hijos, porque los alborotadores los habian ya espulsado. Los educandos, aterrados por los clamores de la

muchedumbre, huían al azar, cual pájaros lanzados de su nido. Quiénes corrian por las calles lanzando giiios ahogados por el dolor; quiénes andaban errantes á lo largo de los claustros; los grandes pedían socorro, los pequeños se ocultaban en la oscuridad: todos huían consternados y horrorizados.

¡Quién podría pintar este espectáculo! Cada uno de sus pormenores era un drama: aquí un padre desolado volvía á encontrar á su hijo medio loco de espanto; allá una madre exasperada arrebatada al suyo de grupos que se mofaban de él, donde se habia precipitado á la aventura; mas lejos una familia frenética preguntaba inútilmente por sus hijos. En todas partes se escuchaban, mezclados con burlas é insultos, gritos que desgarraban el alma, mudas desesperaciones y sollozos lastimeros; que la anarquía y la impiedad estaban allí coronadas con sus palmas habituales, el terror y el desórden.

Anuncióse á los ministros que los jesuitas se marchaban de Nápoles.

¿*Por orden de quién?* preguntaron, y *Bozelli* corrió á palacio; pero *Salicetti* le habia cojido la delantera. “Una de dos, dijo, ó una orden para espulsar á los jesuitas, ó una revolucion por conservarlos: escojed.” *Bozelli* calló.

Acordóse la espulsion, se desterró á los padres extranjeros, y se permitió á los del país retirarse donde lo tuvieran por conveniente. Esto encontró grande oposicion de parte de los anarquistas, que gritaron: *¡No haya distincion entre los hijos de Loyola!* *¡Sean todos espulsados del país!* y lograron que prevaleciese su voluntad.

Los radicales, entre tanto, dueños del claustro, se apoderaban de los papeles, de los muebles, de la ropa blanca, de cuanto allí habia que algo valiese: saquearon hasta la despensa, pero no encontraron dinero en ningun sitio.

Los jesuitas, por su parte, encerrados y custodiados por unos que se decían guardias nacionales, se resignaban humildemente con su destino. Fué cruel la noche que pasaron amontonados en una misma sala hasta en número de ciento treinta, sin aire, sin alimento, sin cama; sufriendo de parte de sus carceleros, durante las largas tenebrosas horas del invierno, los tratamientos mas indignos, los mas infames ultrajes.

El 11, á la hora convenida, *Bozelli* dirigía su marcha. Diez y siete carruajes de policia los trasportaban al muelle donde debían embarcarse para Malta, en un buque de vapor: estos carruajes iban cerrados, y dos ciudadanos armados que se sentaban al lado de cada cochero, vigilaban á los piadosos cautivos.

Este fúnebre convoy bajó por la calle de Toledo, donde fué de notar

una silla de manos, en que un viejo jesuita enfermo, arrancado violentamente de su lecho, tocaba á su último fin: dos de los suyos iban á su lado recitando el oficio de difuntos. El pueblo, conmovido con este cuadro, le miró primero con estupor, despues se desató en murmullos, é hirviendo la sangre en sus venas, se hubiera sublevado de buena gana; pero los carruajes celulares de los condenados iban rodeados de infantería y caballería. La revolucion tenia espadas y bayonetas, y el pueblo estaba desarmado.

A las cuatro de la tarde no habia jesuitas en Nápoles, y al fin del mes no los había en Roma: perfecta conformidad: en todas partes se consumaba á la par la misma obra (1).

CAPITULO IV.

LA MADONA DEL MERCATO.—EL MINISTRO SALICETTI.—ORGANIZACION DE LA GUARDIA NACIONAL.—SITUACION DE EUROPA.—PROGRAMA DE LA ITALIA ROJA.—ANARQUÍA Y CONSTERNACION.—EL MINISTERIO TROYA.—LA PRINCESA BELGIOJOSO Y LA CONDESA BEVILAQUA.

La imprenta continuaba sus violencias, y así fué que los realistas, fieles á las sanas doctrinas, tomaron el partido de abandonar á Nápoles, cediendo á las intimaciones de los periódicos. Casi todos los hombres notables fueron saliendo sucesivamente del reino; pero no les bastaba á los *Círculos* haber echado á la mayor parte de la aristocracia del país, y decidieron por lo tanto deshacerse de todos los sacerdotes de la ciudad, comenzando por los frailes carmelitas.

Instruido el pueblo de este proyecto, se armó de palos y piedras; y habiendo oido decir que se trataba de robar la *Madona* de la iglesia del *Mercato*, matando á cuantos religiosos opusiesen la menor resistencia, se reunió en la iglesia del *Cármén*, y se trasladó de allí á palacio con una imájen de la *Virgen*, gritando: *¡Viva la Madona!*

Pero como para los revolucionarios no es *sublime* el pueblo sino en tanto que está por la destruccion, pasando á ser *monstruoso* cuando se manifiesta conservador, la demostracion en favor de la Iglesia se vió de repente asaltada en el palacio nuevo (2), cerca de la casa de correos, por una

(1) Se embarcaron en el vapor Duque de Calabria.

(2) En este palacio habitaron largo tiempo los reyes de la familia de Anjou, y en él moró tambien la bella é infortunada reina Juana, condesa de Provenza.

horda feroz que la rechazó á fuego y bayoneta, ensangrentándose sin misericordia: *¡Fraternidad á estilo de Julio y Febrero!* (1)

La tropa acudió, aunque tarde, al lugar de la catástrofe, y desaparecieron los hijos de la *Italia Roja*. En vez de castigar inmediatamente á los gefes de aquella horrible carnicería, se obró en sentido contrario, recompensando á los verdugos é insultando á las víctimas. Uno de los exaltados que mas se distinguió disparando sobre el pueblo, fué premiado con una condecoracion. Así se dictaban leyes bajo el influjo del miedo, y se mantenía el orden pidiendo apoyo al desorden; en eso se encierran todas las revoluciones.

Salicetti era el alma del movimiento republicano; mas luego que sus colegas conocieron el fin á que se dirijia, meramente reducido á la *destruccion de la monarquía constitucional*, se coligaron todos contra él, y Bozzelli el primero, porque ya este ministro comenzaba á desengañarse de lo que era su partido, y volviendo á los sanos principios, deseaba de todo corazon salvar la monarquía. El hombre que en varias ocasiones habia dado pruebas de ingenio clarísimo, iba á darlas ahora de arrepentimiento.

Obligado Salicetti á retirarse, cedió el puesto á un tal Marcarelli, antiguo magistrado, y presidente de club. Aunque esta dimision produjo grande efecto, no bastó para devolver la tranquilidad al país; porque el partido de la anarquía iba continuamente ganando terreno, y no se presentaban las leyes contra los grupos y los excesos de la imprenta. Por otra parte, se daba un impulso vigorosísimo al poder demagógico con la activa organizacion de la guardia nacional, que llamaba á las armas á todos los ciudadanos. No faltó quien pidiese que esta milicia popular tuviese tambien su artillería; mas el rey se opuso á ello tenazmente, en lo cual estribó su salvacion; pues si dos meses despues, el dia 15 de Mayo, hubiera tenido artillería la guardia nacional, de seguro perece la monarquía.

Los gefes de esta milicia semi-civil y semi-militar, no eran realmente ni lo uno ni lo otro, contentándose con parodiar á los verdaderos militares desanimándolos, y con adoptar nombres anárquicos hasta lo sumo. Carducci, el famoso insurgente del *Cilento*, y otros muchos emisarios de la misma estofa, salieron para las provincias con el mismo encargo de organizar en todas ellas la guardia nacional.

A poco tiempo, cada hombre de alguna audacia, en cada una de las diferentes circunscripciones del territorio, queria tener una division armada á sus órdenes para dominar las poblaciones. Para ello se cruzaban las arterias con inaudito furor, se fijaban por todas partes pasquines ame-

(1) Véase *Storia degli ultimi fatti di Napoli*, por F. M., 1849, pág. 191.